

UNA COMUNIDAD LLAMADA A SERVIR

Estar con Él juntos para humanizar el mundo



<http://www.panyrosas.es/>

P. Jacques Orgebin, s.j., 1992:
Una comunidad llamada a servir.
Revista Progressio. Publicación de la
Comunidad de Vida Cristiana (CVX).
Marzo 1992, nº 2: pp.14-21.

Una comunidad llamada a servir¹

Ofrecemos la traducción de la conferencia pronunciada por el P. Jacques Orgebin, s.j. Provincial de Francia a la Asamblea Nacional de CVX-Francia el pasado mes de Noviembre. Pensamos que puede interesar también a la comunidad mundial. El P. Orgebin nos ofrece sus reflexiones sobre el tema de la Asamblea: "Una comunidad llamada a servir".

Estar con El

Esta llamada a servir resuena por todo el Evangelio y conlleva, sin embargo, una cuestión previa. El primer paso de Jesús al dirigirse a sus discípulos no consistió en conferirles una tarea, o un programa de acciones a ejecutar. No les dijo: "He aquí mi plan. Vais a venir conmigo, comenzaremos predicando el Reino en Galilea y después en Judea. En algunos momentos os enviaré en misión, de dos en dos, para echar demonios y curar a los enfermos. Después, cuando yo haya desaparecido, os iréis de Jerusalén y fundaréis comunidades en mi nombre en toda Palestina y hasta Atenas y Roma, ¡He aquí el contrato!, si estáis de acuerdo: ¡Firmad!"

Pues bien, no. Cristo no tuvo semejante lenguaje. No comenzó por llamar a una tarea por muy noble que esta fuese. Llamó en primer lugar a adherirse a su persona, sin saber por adelantado hasta dónde podrá llevar este compromiso.

- Aquellos de vosotros que hayan hecho los Ejercicios – y estáis muchos en esta situación - saben el lugar que tiene en los Ejercicios el adherirse a la persona de Jesús, que es el fundamento de todo.

¹ El texto original, que consta completo, lo hemos reorganizado en párrafos más cortos y puntos, para facilitar su trabajo en grupo. Equipo editor de este documento: Jesús Ángel Rodríguez Arroyo, María del Carmen Gómez del Moral, Gema Fraile y Fernando Vidal. Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España), cvxgalilea@gmail.com

El Evangelio de Marcos expresa esto a su manera relatando en el capítulo tres una escena en la que se ve a Jesús subir a una montaña. Sobre la pendiente de ésta se apiña una masa de hombres y mujeres a los que la vida ha herido, el mal ha carcomido y que acuden en busca de un salvador. Se podría imaginar que frente a esta humanidad sufriente la primera reacción de Jesús debería ser la de decir a sus discípulos: "haced algo por estas gentes, no los dejéis en su desasosiego". En realidad Cristo no procede de esta manera, antes de enviar hacia los demás comienza llamando hacia sí. "Jesús, dice el texto, llamó a los que él quiso. Fueron a donde El, les instituyó doce."... no para que se desvivieran por la acción, sino para que fueran sus compañeros".

Así Jesús llama, antes de nada, a entrar en su familiaridad, a vivir en su presencia y de su presencia. Con esta condición y solo con ésta, los discípulos podrán ser enviados para anunciarle allí donde compartan la vida y para ponerse al servicio de su obra liberadora.

Estar con El juntos

Creo que hoy en día más que nunca estamos invitados a oír la palabra de Jesús que pide a sus discípulos ir donde El, permanecer con El, juntos. Insisto en la palabra "juntos" porque la existencia cristiana no es nunca una aventura solitaria. Vamos a Cristo unos junto a otros, los unos con la ayuda de los otros. Siempre tenemos necesidad de los demás para aprender y enseñar a creer otra vez, para estar asociados en la misión de Cristo en este mundo.

Sin duda las llamadas de Jesús se dirigen siempre a personas tomadas individualmente y no a grupos informes y anónimos. El "sígueme" del Evangelio es expresado en singular porque pide de cada discípulo una llamada desde su libertad. Pero ir tras de Cristo y con El es juntar siempre en una común aventura a aquellos y aquellas que han oído la misma llamada.

La Iglesia de Cristo en el sentido etimológico del término quiere decir "la comunidad de los llamados". En este sentido, el Congreso [la Asamblea] que os reúne expresa simbólicamente la voluntad común de sus miembros de sostenerse, de animarse mutuamente para responder juntos a la llamada de Jesús.

El término "simbólico" que he tomado tiene un sentido que el vocabulario normal tiende a aguar. Un gesto simbólico es considerado a menudo como próximo a la insignificancia, mientras que comprendido en toda su riqueza el símbolo es la realidad sin la que el ser humano no puede pasarse si quiere expresar y afirmar el deseo de su corazón.

- Un amor o una amistad que no se manifieste nunca por signos tangibles, concretos, por banales que sean, terminará siempre por morir.
- Igualmente, un grupo cristiano cuyos miembros no simbolizaran nunca un compromiso colectivo, el deseo de responder a la llamada de su Señor, terminaría por disolverse.
- Vuestro encuentro en estos lugares atestigua precisamente vuestro deseo de hacer de este grupo una comunidad de hombres y mujeres comprometidos en una misma aventura en nombre de Cristo que les llama a servir, es decir, a convertirse juntos en cooperadores de su misión.

Al servicio de la misión

Es precisamente de esta misión de la que querría hablar ahora refiriéndome a un texto del reciente Sínodo consagrado a la vocación de los laicos en este mundo. "Aunque sea una", dice este texto, "la misión del Pueblo de Dios en el mundo comporta dos dimensiones: el

testimonio dado a Cristo resucitado y la actividad directamente orientada hacia la renovación del orden temporal para llegar a una mayor unión, justicia y caridad entre los hombres.”

Testimoniar a Cristo resucitado

La primera forma de testimonio de que habla el Sínodo (Sínodo de 1987 sobre "La vocación y la misión de los laicos en el mundo veinte años después del Vaticano II) sería el humilde irradiar en nuestra vida cotidiana más concreta, y ordinaria, la presencia de Cristo Resucitado y de la fuerza de su Espíritu.

La experiencia corriente, en efecto, muestra que la vida de todo hombre, de toda mujer, la mía, la vuestra, se constituye siempre por una serie de decisiones grandes o pequeñas que dan a la historia de cada uno su perfil específico. Uno se revela a sí mismo, a los otros, por las elecciones que hace o que evita.

En esta perspectiva, la existencia cristiana no es finalmente otra cosa que la existencia humana, con tal de que esté orientada por elecciones conformes al Espíritu de Cristo. Así la primera forma de evangelización del mundo es para los cristianos la evangelización de sus propias decisiones.

Aquellos que se sienten en consonancia con la espiritualidad ignaciana - y vosotros sois de ellos - saben que no es posible dividir la vida en dos partes como si por un lado hubiera acciones que nos unieran a Dios a través de la Misa, la oración, la lectura de las Escrituras y por otro acciones que nos unieran a nosotros mismos y a los demás pero en las cuales Dios no tendría nada que decir, nada que ver.

Nuestra existencia está llamada a ser cristiana en su totalidad, es decir, animada de un cierto Espíritu que es el de Cristo. Vivir bajo la influencia del Espíritu es darle la posibilidad de desplegar su presencia en todas las dimensiones de nuestro ser. La vida afectiva, familiar, social, profesional está llamada a dejarse penetrar por el Espíritu.

La fe no es sectorial: tiene como efecto guiar nuestro obrar en todos sus aspectos a iluminar todas las decisiones donde se teje la trama de nuestra vida cotidiana. Por decirlo en otros términos, una existencia vivida con un cierto espíritu, que es el mismo Espíritu de Jesús, irradia esta presencia. Esta es la primera forma de testimonio dado a Cristo.

Tal proclamación no se expresa por la palabra, e incluso cuando la palabra juega un papel, no se refiere necesariamente a temas religiosos. Como lo decía ayer Jean Claude Dhotel, hay una forma espiritual de hablar de todo.

Queda que nuestra forma de ser, de hablar o de conversar no es la única forma de testimonio esperado de los discípulos de Jesús, se trata también de expresar la fe, y de ser sus servidores.

- Este servicio puede cumplirse de formas diversas y en particular por la cooperación de los cristianos en la animación eclesial. Diciendo esto, yo no me refiero únicamente a todas las iniciativas que vosotros tomáis dentro de la Comunidad de Vida Cristiana y para beneficio de sus miembros.
- Pienso también a todo lo que hacéis y a todo lo que podríais hacer para contribuir a la acción pastoral de la Iglesia en todos los lugares donde ella se ejerce: catequesis de jóvenes, capellanía de estudiantes, acompañamiento espiritual de personas o grupos que no están necesariamente llamados a entrar en la Comunidad de Vida Cristiana.

La lista de necesidades y posibilidades es considerable y vosotros la conocéis tan bien como yo. No quiero decir con esto que los cristianos deban hoy invertir todas sus energías en el servicio interno de la comunidad eclesial.

- La misión de la Iglesia no tiene como único fin el bien de sus fieles. Ella se ejerce en el mundo y para el mundo.
- El mensaje del Evangelio no es un tesoro escondido que se reparte entre una minoría de creyentes al interior de su Iglesia.
- La Buena Nueva de Jesús está llamada a difundirse en el mundo no sólo por la palabra sino por las acciones que ella suscita.

Humanizar el mundo

La segunda dimensión de la misión del Pueblo de Dios de que habla el Sínodo no debe pues ser olvidada. Los cristianos están llamados a contribuir en la "renovación del orden temporal para llegar a una mayor unión, justicia y caridad entre los hombres".

- Hay pues un vínculo que une indisolublemente el servicio de la fe y la renovación del orden temporal.

Por otra parte, el Evangelio lo recuerda en muchas ocasiones y en particular en la parábola bien conocida del sembrador. Cristo habla de una semilla echada en tierra que produjo treinta, sesenta o ciento por uno, según la calidad del suelo. La simiente es la palabra de Dios pero es también el testimonio de los discípulos cuya forma de vivir, de obrar, de hablar, manifiesta al mundo la presencia del Señor y la fuerza de su Espíritu.

Ahora bien, esta simiente será fecunda si cae sobre un suelo bien preparado. Así la misión de los cristianos no puede consistir simplemente en llevar una vida personal que rinda testimonio a Cristo, no puede tampoco limitarse a anunciar la Buena Nueva por la palabra; implica también crear las condiciones propicias para su acogida. El cristiano no debe desesperar de ninguna de las tierras de que habla el Evangelio:

- Hay tierras junto al camino, es decir vidas pisoteadas, oprimidas por la contrariedad o el desprecio.
- Hay tierras rocosas, es decir vidas sin sustancia, sin profundidad, sin raíces; vidas de esclavos de todas las preocupaciones, vulnerables a todas las quemaduras de la existencia, vidas contantemente amenazadas por la desesperación.
- Hay tierras cubiertas de espinos, es decir vidas asfixiadas por lo superficial, despistadas por sucedáneos de felicidad, por todas las seducciones entrampadas que alienan y encadenan.

Todas estas tierras, todas estas vidas, forman parte del campo de la misión confiada a los discípulos de Jesús. No se contentan con ser ellos mismos, o frecuentar los ricos suelos preparados para acoger la buena semilla.

- Tienen que labrar esta tierra del mundo tal cual es, para que en ella pueda germinar la cosecha del Reino.
- Tienen que trabajar en la humanización de la Humanidad para que Cristo, obrando con el poder de su Espíritu, pueda divinizarla.

El cumplimiento de esta misión se refiere, desde luego, a la acción personal de cada cristiano allí donde él vive, pero exige también tener en cuenta cuestiones más amplias que tocan las estructuras de la vida colectiva, la regulación de los funcionamientos económicos, la disposición de los sistemas educativos, de los espacios culturales.

En todos estos campos, donde se juega el porvenir de nuestras sociedades, los cristianos no están solos al expresar sus puntos de vista, al proponer soluciones, al contribuir a su puesta en práctica pero la fe en Cristo tampoco les autoriza a quedarse pasivos.

A lo largo del Evangelio, Jesús que anuncia la Buena Nueva por la palabra y cura también los cuerpos. Siguiendo su ejemplo los cristianos tienen la misión de contribuir a la curación de los males del cuerpo social.

No me corresponde a mí describir la forma concreta que puede tomar para la Comunidad de Vida Cristiana poner en práctica este mensaje evangélico. Lo único que querría decir es que la Compañía de Jesús, encarecidamente invitada por el Padre General, a unir en un mismo movimiento el servicio de la fe y la promoción de una justicia inspirada por la caridad, tiene necesidad de compañeros para responder a lo que se le pide. Vosotros estáis cualificados para ser estos compañeros.

La espiritualidad que tenemos en común y que debería orientar nuestras conductas, nos invita a unos y otros a mirar el mundo como lo hace Ignacio en la meditación de la Encarnación, es decir, con la mirada compasiva que las tres Personas de la Trinidad ponen sobre la humanidad entera.

- Tener compasión quiere decir "sentir con", poniéndose del lado de aquéllos que la vida no ha favorecido, del lado de las víctimas de todas las formas de desgracia, injusticia y violencia.
- Tener compasión quiere decir también poner la atención no solamente sobre aquéllos que sufren sino igualmente sobre aquellos que son los más vulnerables a las heridas de la vida, los pequeños, los débiles, los excluidos de la formación, más amenazados que otros por las evoluciones de la Historia y el cambio de las sociedades.
- En una palabra, tener compasión significa atender a los que tienen pocos medios para defenderse y que tienen necesidad de ser fortalecidos humanamente, 'espiritualmente, para poder afrontar el futuro poniéndose en pie.
- Tarea inmensa sin duda. y que ciertos días puede producir un sentimiento de 'impotencia' y desesperación.
- Creo que 'los apóstoles, antes que nosotros, han conocido esta prueba.

Y quisiera, para finalizar, recordaros un pasaje del Evangelio donde Cristo invita a la esperanza a sus discípulos un poco desanimados a cierto punto.

Nuestra esperanza

La escena relatada en Juan 4, 35 transcurre hacia el mes de Marzo, a la orilla de un sembrado donde no aparecía ningún brote. Jesús se dirige a sus discípulos mirando la tierra: "¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega la siega? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega".

Palabra enigmática. Jesús no quiere dar aquí una lección de agricultura. Su intención es otra. Ved, dice él, esta tierra sembrada, no se ve ningún brote. Y en cambio, si con el pensamiento os imagináis dentro de cuatro meses, sabéis que el trigo estará aquí.

Pues bien, de la misma manera que no dudáis que de esta tierra saldrá la cosecha, igualmente creed que de esta humanidad, donde mi palabra y la vuestra serán sembradas, florecerá la cosecha del Reino.

Pero para creer esto hace falta aceptar sembrar sin ser el que siega la mies, de la misma manera que se recoge hoy lo que otros han sembrado antes. "Uno es el que siembra, añade todavía Jesús, otro el que siega; yo os he enviado allí donde vosotros no habéis trabajado; otros trabajaron y vosotros heredáis el fruto de su trabajo. Pero vendrá el día en que otros segadores recogerán lo que vosotros hayáis sembrado y os regocijaréis con ellos".

- Así, entre la siembra de que habla Cristo, es decir, entre el momento del testimonio y la recolección de sus frutos puede transcurrir mucho tiempo.

Decimos que Cristo nos invita a sembrar con esperanza los campos donde no resplandece todavía la cosecha. El nos pide que preparemos un futuro en el que no veremos necesariamente los frutos.

Tal vez, en ciertos momentos, podemos dudar de la fecundidad de nuestra misión, de nuestro servicio, pero he aquí que Cristo nos invita a compartir la paciencia de Dios. Esta paciencia prolongada, esta constancia en la perseverancia, como dice San Pablo, no invita a la inactividad, no pide dejar para más tarde lo que se debe hacer hoy. Pero enseña a no aguardar con ansiedad el éxito de la misión de la Iglesia, de la misión de los cristianos, de la misión de la Comunidad de Vida Cristiana.

Así debería alejar de nuestro corazón la inquietud de quien piensa que debemos hacer todo nosotros mismos, como si todo naciera con nosotros y todo muriera con nosotros. Nosotros entramos en la labor que otros han comenzado antes. Recogemos la herencia de los antecesores y preparamos el camino para otros.

Sólo cuenta una cosa: creer que Dios está allí, oculto en el corazón del futuro intangible, para hacer fructificar nuestra labor paciente en la tierra árida y desnuda, que el Señor nos dice que florecerá: Esta es nuestra esperanza.

P. Jacques Orgebin SJ